

SALUD Y SANIDAD

Con el paso de los días todo el mundo es consciente del papel de la sanidad pública. Mucha gente ve al personal sanitario cómo un grupo de personas que se han batido con heroísmo, poniendo su propia salud en peligro, para salvar vidas. Es lógico que quién ha tenido que pasar días atendido en circunstancias críticas se sienta agradecido por el esfuerzo y el buen trato que le ha deportado todo el personal sanitario. Todo el mundo acepta que faltan más medios para garantizar que seremos bien atendidos cuando sea necesario. Que hay que garantizar buenas condiciones laborales al personal que nos cuida. Que necesitamos más recursos para la investigación sanitaria.

Todo esto es cierto, pero puede llevarnos a olvidar otras cuestiones básicas. Que la salud no es sólo que nos reparen cuando estamos enfermos, sino que depende de que nuestras condiciones de vida nos ahorren males y generen un buen estado físico y psíquico, o sea que nuestras necesidades básicas estén cubiertas, que nuestra actividad laboral no nos deteriore, que no vivamos en espacios insalubres y contaminados, que no seamos sometidos a presiones psicológicas que destrocen nuestro equilibrio mental. La salud depende de un amplio conjunto de condiciones materiales y sociales. La sanidad opera, tiene que actuar precisamente cuando algo ha fallado. Ha ocurrido ahora en la pandemia. Lo más probable es el que covid 19 llegara a los humanos por un fallo en la cadena alimentaria, y está afectando más a los pobres porque el conjunto de sus condiciones de vida y trabajo les hace más débiles. Por esto están tan unidas la demanda de una vida saludable con la lucha contra las intolerables desigualdades de las sociedades actuales.

Los sanitarios han salvado vidas a costa de su esfuerzo y su riesgo. Como lo han hecho otras muchas personas que no están teniendo el mismo reconocimiento social y a menudo se han expuesto a tantos riesgos como los sanitarios con medios aún más precarios. Muchas de ellas mujeres. Como las trabajadoras de residencias cuando acompañan la muerte y el sufrimiento de miles de ancianos. Como las trabajadoras de asistencia domiciliaria que han garantizado el bienestar de miles de personas, entrando en hogares donde el peligro acechaba. O el personal de farmacias y supermercados. O los kioskeros a pie de calle (el de mi barrio me contó que ha agotado las revistas de crucigramas y sudokus, que ha resultado ser una fórmula de ocio para gente con pocos recursos). O los repartidores a domicilio... Mejorar las condiciones laborales de todos ellos es también una forma de mejorar la salud... la suya y la nuestra. Porque su trabajo forma parte de esta larga cadena de cuidados que nos garantiza a todos buena salud.